

## Conferencia de Luis Jiménez Martos



Luis Jiménez Martos nació en 1926 en Córdoba. Licenciado en Derecho, desde 1955 reside en Madrid donde trabaja en una empresa editorial. Fundó las revistas poéticas "Veleta", de Granada, y "Arcángel", de Córdoba. Ha sido director del Aula de Poesía del Ateneo de Madrid y actualmente lo es de la colección de poesía "Adonais". Lleva veintisiete años haciendo crítica de poesía. En su obra existen tres antologías "Nuevos poetas españoles" (1961), "Poetas del Sur" (1963), y "La generación poética del 36" (1976), prosa "Valera, un liberal entre dos fuegos", "Antonio Povedano", "Tientos de la pluma y plumero", entre otros y poemarios "Por distinta luz", "Con los ejes distantes", "El agua bajo la piedra", "Encuentro con Ulises", "Los pasos literales" y "Madre de mi ceniza". Recibió en 1969 el Premio Nacional de Literatura.

En el Primer Encuentro de Joven Poesía en Ciudad Real, expuso su conferencia sobre "Los diez últimos años en la Joven Poesía española", presentado por Valentín Artega:

"...si presentar, según una de las acepciones del diccionario, es introducir a uno en la casa o en el trato de otro, a veces recomendado personalmente, a Luis Jiménez Martos, que posee exageradamente en la transparencia de su palabra todo el esplendor musical del Sur, en su corazón los pasos literales todos, en el cuenco ardoroso de sus manos el mar entero; en la raíz de su sangre la ceniza maternal del dolor y de la nostalgia entrañable... a Luis Jiménez Martos, digo, es imposible introducirle en casa, porque ésta es allí de donde vaya o de donde venga el poeta... (...) Jiménez Martos, ya se sabe, es una presencia, está ahí y aquí, de alma entera, de verso entero, sin orillas..."

De su poesía: "...poesía tridimensional, profunda, como una raíz que escarbara en la hondura de la tierra, ancha y literal como un mito antiguo y siempre vivo, que abarcara, marítimo, el horizonte inacabable del

tiempo y del ser, vertical y alta, como la luz, buscando persistente la sorpresa absoluta..."

Y ya las palabras de Luis Jiménez Martos:

"...Encuentro, palabras que yo siempre he amado —está en el título de uno de mis libros— y que, afortunadamente, se repite cada vez más... Agradezco que me inviten a hablar sobre la joven poesía española, que sucesivamente acostumbrado a tratar desde hace unos veinticinco años —uno ya es mayorcito— "de la joven y de la otra", porque este quehacer, por supuesto, me supone siempre la sensación del remozamiento tan contagiante y tan gratificante..."

Dos brevísimas advertencias. Una: la altura cronológica de esta zona de la poesía llega hasta los cuarenta años; lo cual no quiere decir que los que hace algún tiempo hemos cumplido los cuarenta no nos sigamos sintiendo jóvenes, incluso se puede dar el caso que algún poeta de setenta años sea más joven, o por lo menos, relativamente más joven, que los que canónicamente lo son. Dos: Esta medida de la década me parece más flexible que el de "generación", término del que por cierto se ha abusado hasta extremos insostenibles —ya parece que éste se ve en declive— lo que justifica aquella ocurrencia ramonciana —de Ramón Gómez de la Serna— que decía "hay una generación, y por la tarde empieza otra" ...o por la noche..."

Empezando a ceñirnos en nuestro tema, en los años setenta se inauguró la "Antología de los nueve novísimos", término éste que fue importado, afortunadamente, de Italia; soplabla desde Cataluña por mediación de José M. Castellet, traía un aire fresco y extendía un acta de revelaciones marcando una especie de linde entre dos edades. Era un síntoma de transformación —no el único— indicativo de las ganas de ponerle puertas al campo de la poesía. Ese grupo de poetas lanzado tan sonora y hábilmente, supuso la prueba explícita de que el

poder social realista que había mandado en la poesía más o menos hasta ese momento, iba de retirada, y también el de cierta zona de onda neorromántica a la que habían ido acogiéndose, no sin recurrir a la mezcla, los superadores del tremendismo, inclinados al mundo de la intimidad. Ese libro, tenemos que reconocerlo, fue una especie de cáliz, un "hagan juego", un "basta" a las derivaciones de la poesía de posguerra, un "es necesario mirar a los abuelos por encima del hombro". Al fin y al cabo, todo eso suponía una rebeldía; sólo que ésta vez la rebeldía se hacía patente en nombre de la estética, y de la palabra, y de la vida, en buena porción sujetas a las exigencias anteriores de aquélla que llamamos "mensaje" y que como sabéis era uno de los tics favoritos del período anterior: porque entonces presentarse sin mensaje era como jugársela.

Tres lustros más tarde, es decir, exactamente hoy, eso de los novísimos arroja primordialmente dos nombres: Pere Gimferrer, que escribe en catalán, por cierto, desde 1.970, y Guillermo Carnero. Gimferrer hizo de aquel libro "Arde el mar" una apuesta que estaba relacionada con tres notas: en primer lugar, el revival, como se dice ahora mucho, de un modernismo mediterráneo como fue el de Rubén Darío con su atmósfera cosmopolita, que incluía la recuperación del gusto por las formas palpables y el apoyo aquí y allá en las referencias culturales; y al decir lo de "referencias culturales" quiero recordar aquí a un reciente e ilustre muerto tan relacionado con este aspecto de la poesía española como fue Guillermo Díaz—Plaja que dedicó nada menos que a este asunto del culturalismo en la poesía española su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Por su parte, Guillermo Carnero atendería, desde el principio, a la imitación de la realidad descubierta por los ojos y por el resto de los sentidos. "Dibujo de la mente", se titula su poemario de arranque y "Teoría de la visión", el último por ahora; fijémonos en la palabra "dibujo" y en la